

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Amor, afecto y sexualidad

P. Ángel Rodríguez Guerra, M. Id.

Doctor en Filosofía y Profesor Adjunto

Facultad de Filosofía y de Medicina, Programa de Estudios Médicos Humanísticos

Pontificia Universidad Católica de Chile

1. Introducción

Si damos una mirada descriptiva al panorama cultural, sociológico, étnico, de nuestro planeta, acerca de la sexualidad, es decir, de cómo esta es vivida, dentro de una cultura, de un pueblo, de un clan e incluso entre dos individuos, hombre y mujer, de la misma familia cultural, descubrimos que para ninguno de los dos tiene el mismo significado y que, incluso para una misma persona, no tiene el mismo significado en momentos diversos. Y esto por una razón sencilla, como dice el Dr. F. Montiel A., y es que "hacer el amor es también comunicación y, como acontece con las palabras, algunas personas se comunican mejor que otras". A esto se une el hecho de que la situación psicológica de la persona no es siempre la misma y, por tanto, no hay la misma predisposición al acto sexual.

Nos quedaría aquí solamente una objeción a la expresión "*hacer el amor*", de acuerdo con la estructura antropológica del hombre, que expondremos a continuación. El amor es acto del espíritu, no es un acto psicológico y, por consiguiente, no habría que confundirlo con el afecto que se explica más bien en el mundo del alma. El afecto se explica también en el mundo animal y a veces con un orden mayor, por la sencilla razón de que el animal al no poseer un espíritu y, por tanto, no poseer libertad no tiene que decidir en cada momento el acto que tiene o no tiene que poner. El desorden afectivo se debe a una mala formación y administración de la libertad. Este problema, tan fundamental, no parece que lo tenga el animal en general. La libertad tiene que ser formada por el amor, para que esté bien formada. La expresión: "*quiero ser libre para hacer lo que quiera*" es expresión de la deformación de la misma libertad. Una libertad formada por el amor diría: "*quiero ser libre para hacer lo más noble, puro y perfecto, esto es, lo mejor*". Entonces, el amor no se hace, amor se es. Es probable que lo que sí se haga sea el sexo, que, por otro lado, cuando prescinde del amor, que es donación y requiere mucho olvido de sí mismo, se convierte en egoísmo, con lo cual se destruye la relación integral entre dos seres para convertirse en un acto involutivo, que tiene que ver más con la genitalidad que con la sexualidad vivida en una relación de amor integral.

La psicología humana nos aparece como un complejo de funciones variables, unas son heredadas y otras son adquiridas o educacionales. El tipo de educación recibida -el caso de un niño que hubiera crecido en un ambiente prevalentemente neurótico-, el tipo de diálogo que sobre la sexualidad tuvo con sus padres y profesores, el tipo de libertad o de represión contenidos en la educación religiosa respecto del sexo, el modo de concebir y vivir la sexualidad de ese pueblo donde él nació, así como el autoritarismo o la democracia política dominante en el pueblo de su infancia, adolescencia y juventud que marcarán fuertemente su carácter. Este carácter, más tarde, será fundamental en la concepción relacional con la otra persona, hasta el punto de que la relación sexual puede ser entendida más que como un *encuentro* amoroso, como una imposición por parte de alguno de los dos.

Nos damos cuenta, pues, de cómo entre *genitalidad* y *sexualidad* hay una diferencia y no porque estos dos actos no vayan unidos, sino porque al separarlos, como sucede en muchos casos, se prescinde de la particularidad con la que cada persona vive, concibe y se acerca al acto sexual. En la *genitalidad* hablamos del proceso reproductivo, de las características hormonales y del aparato reproductivo, esto es, de la anatomía y de la fisiología. En la *sexualidad* vamos mucho más allá, aquí estamos hablando también de *genitalidad*, pero al mismo tiempo hablamos de un conjunto de características *psicológicas* -afectivas, sentimentales, emocionales, socioculturales- y *espirituales*. En la *sexualidad* queda involucrado todo el ser humano: el ser humano integral, sin perder de vista que desde el punto de vista fisiológico, psicológico y espiritual el hombre y la mujer viven el acto sexual complementándose, en principio de complementariedad, si bien no son iguales, idénticos, sí son complementarios. Como diría López Quintás, *es un encuentro*. La *sexualidad*, entonces, no está regida por el instinto ni condicionada totalmente por lo hormonal.

2. Algunas definiciones históricas y estructura antropológica del hombre

Muchas son las definiciones que la historia del pensamiento filosófico, cultural y científico ha dado del ser humano. Si quisiéramos empezar este recorrido cronológicamente nos encontraríamos con el panorama que se detalla más adelante. Si bien hay que precisar que en lo que se refiere a la antropología filosófica el primer pensador que va a usar este término y definir bien el campo de trabajo de esta materia será Max Scheler.

Con Max Scheler se da un hecho importante y es la sistematización de un conjunto de conocimientos acerca del hombre en conexión con los hallazgos de las ciencias humanas. Esto lo ratifica él mismo con estas palabras: *"Poseemos, pues, una antropología científica, otra filosófica y otra teológica que no se preocupan una de la otra. Pero no poseemos una idea unitaria del hombre... Por eso me he propuesto el ensayo de una nueva antropología filosófica sobre la más amplia base. En lo que sigue quisiera dilucidar tan solo algunos puntos concernientes a la esencia del hombre, en su relación con el animal y con la planta, y al singular puesto del hombre en el Cosmos"*.

El panorama al que nos referimos es el siguiente: en la filosofía griega, para Platón, el hombre es un dualismo dicotómico según el cual el alma o facultad intelectual se vincula accidental y transitoriamente con el cuerpo hasta el momento de la muerte cuando *"vivirá fuera del cuerpo en mansiones más hermosas, imposibles de describir"* (Platón, *Fedón*, 114 C.). Para Aristóteles: *"Es, pues, necesario que alma sea sustancia y forma de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia ... el alma será la perfección primera y el primer acto (entelequia) de un cuerpo natural... el alma, pues, no es separable del cuerpo... el alma es principio de las funciones mencionadas y se define por ellas, esto es, por la nutritiva, la sensitiva, la mental y el movimiento"*. (*De anima*, II, 1, 412 A 29, 43-44; II, 412 B 13-15).

En el cristianismo, para San Agustín, el hombre es imagen de Dios. *"Son tres las partes de que consta el hombre: espíritu, alma y cuerpo, que por otra se dicen dos, porque con frecuencia el alma se denomina juntamente con el espíritu; pues aquella parte del mismo racional, de que las bestias carecen, se llama espíritu"*. (*De fide et symbolo*, 10, 23: Pl 40, 193-194). Para Santo Tomás, el hombre es una unidad substancial de alma y cuerpo. *"Decimos que la esencia del alma racional se une inmediatamente al cuerpo como la forma a la materia y la figura a la cera"*.

(*II Sent.*, d. 1, q. 2, a. 4.). Para Santo Tomás el hombre es persona. Este ser persona viene descubierto por el Doctor Angélico en la inteligencia como constitutivo esencial específico del ser humano. El conocimiento intelectual es, pues, la base de la trascendencia humana.

En la Época Moderna, para Descartes, el hombre es un "*yo pensante*", y para Pascal: "el hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero una caña pensante". (*Pensamientos*, 182, 200, 122, 131). Para Herder, el hombre es imagen de Dios: "*En el alma del hombre grabaste tu imagen, la religión y el sentido humanitario. Los contornos de la estatua ya están prefijados, ocultos en la masa del mármol; solo el trabajo de esculpirla no lo puede realizar este por sí solo*". (*Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, IX, 5, 2). La estructura de la autoperfección del hombre es razón, solidaridad y trascendencia. Para Hegel, el hombre es espíritu: "*Siempre es el hombre un ser en quien el espíritu es activo. (El tema del hombre, 239). Es también un ser en devenir y un ser comunitario*."

En la Época Contemporánea, para Marx, el hombre es un ser que trabaja, un animal de trabajo, un animal social y un animal histórico. Para Heidegger, el hombre es existencia (*Da-sein*), existencia dialógica y existencia temporalizadora, un ser arrojado en la existencia y, finalmente, un ser para la muerte. J. P. Sartre ve al hombre como un ser en sí, para sí, consigo y en último análisis, un ser para la sociedad. El hombre es un individuo que con su libertad se da el sentido de su vida humana. Para Wittgenstein el hombre es un animal lingüista.

En esta breve historia de la antropología hemos encontrado una serie de definiciones que a través del pensamiento filosófico y científico han sido dadas del ser humano. Definiciones como animal racional, animal político, animal social, animal de trabajo, animal lingüista, animal individual. Hoy se habla de animal técnico.

Todas hablan de aspectos existenciales del ser humano, porque todos ellos se inscriben en lo que es psicológico o anímico en el ser humano, se inscriben en esa alma de la cual Cristo mismo nos dice que hay que perder.

Todas, pues, dejan fuera un inmenso campo de valores sin definir, y lo que es más grave, todas apuntando a elementos que se inscriben en lo que es psicológico del ser humano: han dejado fuera la esencia del hombre. Si aceptáramos que la psicología es un complejo de funciones variables, unas adquiridas y otras educacionales, tendríamos que aceptar que estas no pueden ni solas ni todas juntas ser la esencia del ser humano, primero porque son variables, segundo porque son muchas y, finalmente, porque, por necesidad del amor mismo, están sujetas a modificación.

Descubrimos, entonces, que todas estas definiciones sumergen al hombre en una tautología que tiene su origen en "el ser es y el no ser no es" de Parménides y que ha impregnado todas las filosofías y sistemas de la historia del pensamiento humano: tan tautológico es decir, por ejemplo, "el hombre es el hombre" como decir "el hombre es un ser consigo o para sí" o, incluso, decir "el hombre es un ser para la sociedad". El ser humano o es un ser para Dios o no lo es para nadie o si prefiere para el cementerio. (Cfr. F. Rielo, *Definición mística del hombre y el sentido del dolor humano*". Roma 1996).

Frente a estas definiciones históricas aparece la definición que Cristo da del ser humano: "*¿No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: dioses sois? Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la Palabra de Dios y la Escritura no puede fallar...*" (Jn 10, 34-35). Esta extraordinaria afirmación de Cristo está corroborando lo que ya dijera el Génesis: "*Y dijo Dios: 'Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra... Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó...*" (Gn 1, 26-27).

Esta definición de Cristo está diciendo no que el ser humano sea una divinidad, sí una *deidad*, este soplo de Dios sobre el precedente humano u homínido habla de presencia constitutiva del Acto Absoluto de Dios en el mismo ser humano, razón de su filiación divina. Este hecho no es susceptible de experimentación cuantitativa, estadística o microscópica, no queda sujeto a ninguna experimentación de carácter inductivo-sensible. La experiencia mística se mueve en esa dimensión sobrenatural. La deidad que es el ser humano se encuentra fuera de lo "matematizable", por la sencilla razón de que es el amor, el acto personal que mejor define al ser humano y el amor encuentra su muerte progresiva, su tumor, en frases como: ¿cuánto amor me vas a dar?, ¿hasta cuándo tengo que amar?, ¿cuántas veces y hasta cuándo tengo que perdonar? El contrato matemático aplicado al amor priva al amor mismo de su esencia, de ese éxtasis que también define al ser humano, y que consiste en un vivir fuera de mí y cuya exigencia es la de un completo olvido de sí para unirse a Dios y a los demás seres humanos. En la unión con Cristo para hacer posible un amor de mejor calidad para con el prójimo.

Esta presencia constitutiva hace del ser humano un ser abierto al infinito, a las Personas Divinas y a los demás seres humanos. Este mismo acto hace que todas las operaciones humanas sean trascendentes. El concepto de persona o espíritu se nos sale fuera del principio de identidad y se nos queda dentro del principio de relación. Hemos roto, pues, con la identidad: "yo soy yo"; "el hombre en el hombre"; "Dios en Dios". Si Dios es abierto, entonces nosotros también, y si los dos somos abiertos, entonces hemos nacido para vivir unidos ya en este mundo.

Este estado de unión, que comporta en el ser humano aceptar la perfección del propio estado, nos lleva a la comprensión de que el ser humano no sea solo "ser", sino "ser +", donde el signo "+" está significando no un predicado del ser, sino su estructura intrínseca misma. Este "+" estructural del ser aparece con tres leyes que hacen posible el equilibrio y el progreso del ser humano: la inmanencia, la trascendencia y la perfectibilidad. Todo ser humano, como Cristo nos recuerda, está llamado a la perfección, siendo Él mismo el modelo de esa perfección y es esta misma perfección con la que tenemos que entrar y salir de nosotros mismos.

3. Sexualidad y persona

A costa de repetir lo que la mayoría ya sabe acerca de la etimología del término *sexual* y *sexualidad*, me voy a referir a ello, porque en la misma definición se nos dan algunas notas esenciales. El significado etimológico del término *sexo* y *sexual* pueden darnos ya algunas indicaciones, desde el punto de vista fisiológico y psicodinámico, tal y como es observable en la base del comportamiento. *Sexo* y *sexual* vienen del término latino *sectus*, esto es, "cortado", "separado", "distinto". Lo femenino y lo masculino, entonces, serían, desde el punto de vista fisiológico, dos expresiones de una misma naturaleza originalmente andrógina, que se especializa dando origen a dos realidades.

Las dos expresiones, masculino y femenino, se complementan, se observa en ellas una imperiosa necesidad de complementación. Hay un irresistible impulso de atracción recíproca, o como la llama G. Cessari, una *pulsión instintual sexual*. Están, pues, los dos en principio de complementariedad.

Se podría decir de la sexualidad que es "*una energía vital, originaria y originante de la vida que se expresa a través del actuar humano*"². Es una energía vital y originaria que envuelve a la persona integralmente, no es una cuestión solo de genitalidad o de implicación de órganos. Ni siquiera el mundo animal hace del sexo una simple implicación de órganos. Los actos sexuales de los animales van respetuosamente dirigidos a la procreación, y más tarde, en su relación con la prole, se demuestran cuidadosos y afectuosos.

El hecho de que en la relación sexual humana entre en juego el hombre entero, esto es, su biología, su psicología y su espíritu, hace que valores como la libertad, la fidelidad, la constancia, la humildad, etc., específicos del amor humano, sean necesarios y siempre presentes - aunque muchas veces ignorados- en la relación sexual. Precisamente porque es una relación, tiene que ser un encuentro de dos amores, que encarnan, cada uno de ellos, una sexualidad complementaria del otro.

Si dijéramos que la sexualidad se agota en la procreación como su único fin, estaríamos corriendo el riesgo de reducirla, como sucede en el mundo animal, a simple genitalidad. La sexualidad es procreadora, pero al implicar a la persona entera se convierte en lenguaje expresión y significado, con los cuales dos amantes se entregan el uno al otro, su amor, su afecto y su sexualidad. Es precisamente este amor, acto del espíritu humano o de la persona humana, el que forma el afecto, poniendo orden al desorden que padecen afectivamente las facultades humanas, la mente y la voluntad, y el que interviene en las disfunciones y patologías psicológicas, así como en los mitos y tabúes sexuales educando la sexualidad, formándola bien con el amor.

La libertad humana, característica esencial del espíritu humano o persona, tiene necesidad de ser formada por el amor, cualquier otra formación es deformadora de la verdadera personalidad del hombre. Y si la libertad tiene que ser formada por el amor, la sexualidad también queda sujeta, en su libertad, a ser expresión del amor y no del puro instinto. Una sexualidad puramente instintiva traicionaría de tal manera y en tal medida la exquisita sensibilidad del espíritu, que produciría una degradación de la personalidad y nunca ayudaría a la persona a ser más persona, o integralmente persona.

La Organización Mundial de la Salud, hablando de la salud sexual, da esta definición: "*Es el producto de la integración de los aspectos somáticos, afectivos, intelectuales y sociales del ser sexuado de tal modo de llegar a un enriquecimiento de la personalidad humana de la comunicación y del amor*". ¿Cuál es la concepción de la estructura antropológica del ser humano que usa dicha Organización? Para esta, el ser humano es un compuesto de *biología, afecto y mente*, y todo puesto en relación con la *sociedad*. Después se nos habla de personalidad y de amor, donde por fuerza de cosas, el amor lo identifica con el afecto, como si fueran dos cosas iguales y donde la personalidad tendría que ser el resultado de la combinación de los cuatro elementos. Si quisiéramos llegar a la definición del hombre con la que trabaja la Organización Mundial de la Salud, diríamos que el ser humano para ella es un animal biológico, afectivo,

racional y, por último, social, pero en ningún caso lo definiría como espíritu o persona, aunque más tarde nos hable de personalidad. Esta falta sería de definición de la persona hace que al ser humano con su sola facultad intelectual o puramente afectiva le sea muy difícil, por no decir imposible, la educación y recta ordenación de su sexualidad. Le sea muy difícil, en muchas situaciones, sujetar su pulsión sexual instintiva.

Las filosofías de este siglo han acentuado hasta el extremo la idea de un antropologismo absoluto. Cortado el cordón umbilical con lo trascendente, la sociedad económica, política y científica se ha esforzado por hablarle al hombre un lenguaje puramente existencial y horizontal y, anestesiando todo valor esencial, por ponerlo en un estado de monólogo consigo mismo. Anestesiada la ley de la trascendencia en el hombre, todo acto humano se convierte en involutivo, acto que nace en mí y termina en mí. Este estado de soledad, esta obstinación de querer vivir una vida sin Dios, le lleva ciertamente a ser esclavo de sí mismo, acentuando su amor propio, amor con el que después dirá que ama a los demás. El resultado final es el de una imposición de su imperfecto amor propio a los demás.

Este hecho lo constatamos frecuentemente en la vida íntima conyugal, donde más que verdadero encuentro, relación y diálogo, lo que se constata es egoísmo, satisfacción propia, con lo que algo que habría tenido que ser verdadera unión de dos espíritus, dos psicologías y dos cuerpos, un encuentro fundamentado en el amor, se convierte en pura genitalidad, y la mayoría de las veces impuesta.

Si proyectamos la soledad en la que vive el ser humano de este siglo, se entiende su miedo a perder lo único que le queda, su existencia, aunque esta sea cada vez más abundante en psicopatologías y disfuncionalidades psicológicas, resultado de la constante mentira a la que somete el ser humano a su conciencia. Este estado de contraconciencia real le produce una progresiva neurosis hasta degradar en lo patológico, derivando en muchos casos en violencia, cuya sensación parece necesaria a este tipo de ser humano para seguir sintiéndose vivo.

4. Resumen y conclusiones

1. Si queremos distinguir la *genitalidad* de la *sexualidad* y aceptáramos que la sexualidad necesita de la relación integral de toda la persona en todos los estratos que la componen, *biológico, psicológico y espiritual*, entonces no podemos reducirla a pura procreación, ya que esto estaría más en relación con el mundo animal que con el personal.
2. Si *el acto supremo del hombre*, lo más esencial, reside en su espíritu o persona, entonces todos los actos que se dan en los otros estratos del ser mismo del hombre están ordenados al bien de la persona.
3. La *libertad* es cualidad esencial del espíritu humano, pero no basta al ser humano conocer y usar su libertad, es necesario que esta esté bien formada: formada por el amor. Y también aquí nos damos cuenta de que no sirve un amor cualquiera, ni siquiera el amor propio, para formar la libertad. Bastaría una mirada interior, medianamente honesta, para darnos cuenta de que el amor humano es enormemente imperfecto y que tiene necesidad de un modelo que le dé luz y fuerza y que, siendo connatural a su esencia, le denuncie las disfuncionalidades y la forma de curarlas.

4. El *ser humano es abierto*, no es un ser en sí o para sí, cerrado o involutivo, es un ser para Alguien, tiene conciencia de ser un ser para Alguien que, trascendental a él, le dé razón de su destino.
5. La sexualidad, entonces, en todas sus manifestaciones, tiene que ser integradora del espíritu y su personalidad, y nunca despersonalizadora; tiene que ayudar a la persona a ser más persona, tiene que ser amor y, aunque está claro que interviene lo genital, más que *hacer el amor* tiene que *ser el amor, expresión del amor*.
6. ¿A más sexo, más amor? Y si el amor, como Cristo demuestra, vale más que la vida, ¿no sería la fórmula al revés?, esto es, ¿el amor es el que da garantías a una vida sexual? ¿Podemos llamar 'amoroso' a un acto sexual donde, para llevarlo a cabo, lo primero que hago es tomar distancias del otro, poniendo una 'barrera' que nos separe, algo así como un *'no quiero contagiarme con nada de lo que tienes'*?

El amor no desnuda al otro, al contrario, tiende a cubrirlo, para que no se vean sus debilidades. *'El amor todo lo cree, espera y soporta'* (1ª Cor 13). En síntesis, la experiencia del amor verdadero nos dice que los dos dejan de decir 'yo', para empezar a decir 'nosotros'. Ser una sola carne, significa empezar a decir 'nosotros', y con tanto respeto y veneración, que cuando toco su carne, es como si tocara la mía.

¿Puede llamarse amor a un acto cuya culminación sea el de eliminar la vida como en el caso del uso de la 'T' -aunque no en todos los casos sea abortiva- o de la tan cacareada píldora del día después, así como del aborto provocado? ¿Qué tipo de relación realmente amorosa puede seguirse de un acto en el que se mata la vida que se supone sería el elemento de mayor unión entre los dos? Y, cometido el aborto, ¿en qué modo anestesiar las dos conciencias en igual grado, para que la relación pueda seguir? Todo nos hace suponer que es *'nuestra libertad bien formada por el amor'* la que tiene que formar e informar a nuestra sexualidad.

San Pablo no se cansa de recordarnos que somos templo del Espíritu Santo, una catedral de carne y de sangre, donde Dios, en función de nuestra filiación divina, está presente constitutivamente. Lo que somos como personas lo debemos a este hecho de que Dios esté presente desde el momento mismo de nuestra concepción³, en nuestro espíritu, creado e infundido por Él, haciendo de cada uno de nosotros una imagen, una deidad de su infinita divinidad. El hombre es templo de las Personas Divinas, un templo es un lugar de culto donde lo antiestético, lo vulgar, lo mediocre, lo no santo, no tienen lugar.

Es esta misma presencia constitutiva de Dios en el espíritu del hombre la que moraliza a la persona, la que hace que la persona sea moral. No es, entonces, esta filiación divina producto de la evolución histórica de una carne y una psicología, sea esta heredada o adquirida. La experiencia lo desmiente, la psicología humana llega enferma a este mundo y recoge muchas otras enfermedades a través de su rodaje histórico y social. Este complejo de funciones variables, sujetas todas a modificación, no pueden ser la esencia del ser humano, primero, porque son muchas, y segundo, porque son variables. Es la potestad de esa presencia divina, en el espíritu humano, que con su verdad, bondad y hermosura hace posible la restauración de nuestra psicología enferma. Son esas mismas patologías psicológicas las que producen la disociación entre nuestra psique y nuestra filiación divina. Cristo viene a incrementar, con su gracia santificante, esta presencia constitutiva de tal manera que elevándola al orden sobrenatural, el

cristiano posea la energía que le da Él como modelo: "camino, verdad y vida", para que pueda limpiar las venas escleróticas de su alma y rota la mencionada disociación se produzca la unión necesaria que le permita entrar en posesión de una libertad, ahora formada por el mismo amor de Cristo.

¿A quién, entonces, no le gustaría llegar a este mundo habiendo sido pensado, soñado, deseado, proyectado por dos que se aman sin mezcla de desamor alguna, y no llegar a este mundo sin ser deseado ni pensado, sin hogar, producto del error de un método, y que, además, llega destruyendo el egoísmo de uno o de los dos? El cristiano está llamado por Cristo a la perfección y, por tanto, a elevar la calidad de la vida humana y no a abismarla en la miseria moral.

¿Cuántas veces hemos oído esta frase: aborté porque no le deseaba? Habría que preguntarles a muchos hijos, algunos pequeños otros más grandes, si todos desean a sus padres, frente al mal ejemplo que les dan y, sobre todo, en este momento de nuestra historia, al abandono de que son objeto por parte de uno o incluso de los dos genitores. ¿Qué hacemos con estos padres, los abortamos también por la falta de deseo de sus hijos?

1. "La estructura formal de la naturaleza humana es, supuesta la divina presencia constitutiva, la de un espíritu psicosomatizado, esto es, la unidad de tres entes, *espíritu, psique (alma) y cuerpo*, en la que el espíritu, inhabitado por la presencia constitutiva de las personas divinas, es la sede del yo, que con su "*potestas*", asume, ontológicamente, la complejidad de funciones de la psique con su integral somático. Rielo Pardal, F. *Definición mística del hombre y sentido del dolor humano*. Roma 1996.

Aristóteles, en el "*De anima*", dice que el alma es, en algún sentido, el principio de la vida animal en cuanto vida que se mueve a sí misma espontáneamente. El mismo escribe: *Si el ojo fuera un animal, la vista sería su alma, pues la vista es la substancia o forma del ojo*. El alma, pues, es la forma del cuerpo en tanto que constituye el centro de operaciones del mismo. Psique y alma en Aristóteles son, pues, dos conceptos para nombrar a una misma realidad.

2. Cfr. Cesari, G. *La sessuologia umana: Fisiologia del rapporto* >en *Sessualità e Persona*. Bologna, 1990.

3. Especifico, desde el momento o instante de la concepción y no de la anidación en el endometrio. Puede ser criticable el concepto de "momento" o "instante" considerando que la biología está siempre en proceso, esto se debe solamente a la limitación que padece el lenguaje no al hecho en sí mismo. Decir que por el hecho de que todo en el cosmos esté guiado por leyes dinámicas, nada podemos decir de un instante, porque en el "instante" en que estamos mencionando el hecho nada es ya igual, nos llevaría a un relativismo de tal naturaleza que haría imposible la comunicación. Si me refiero a ese "instante", cualquier otro momento sería arbitrario, esto es, decidido por el hombre y la vida perdería su fundamento ontológico. Antes de la fusión de los dos núcleos son demasiados los óvulos y espermatozoides que van a la basura para poder fijar en cualquiera de los dos el inicio de la vida; después, como hemos visto, sería arbitrario.